POR IMANOL BARRANGÚ

# CUMBRE DE RÍO: CRÓNICA DE UN FRACASO ANUNCIADO

Todos se dieron cita en Rio de Janeiro, todos llegaron con sus consignas y sus pancartas, todos llegaron con sus esperanzas e ilusiones, pero una vez mas todos se fueron con las manos vacías.
Más de un centenar de ONGs, instituciones sociales, empresas privadas, representantes de gobiernos locales y 193 países (con la presencia de 130 Jefes de Estado y de Gobierno) se reunieron en Rio de Janeiro, Brasil, para celebrar la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sustentable. Es la tercera conferencia de este tipo luego de la primera cumbre histórica en 1992, también en Rio de Janeiro, y la de Johannesburgo en 2002.
El objetivo y el llamado de las Naciones Unidas era ambicioso: invitar a todos los Estados, organizaciones e instituciones de la sociedad civil y los ciudadanos en general a "sentar las bases de un mundo de prosperidad, paz y sustentabilidad", teniendo presente tres temas fundamentales: el fortalecimiento de los compromisos políticos en favor del desarrollo, el balance de los avances y las dificultades vinculados a su implementación y las respuestas a los nuevos desafíos emergentes de la sociedad.
Las comisiones preparatorias -que venían trabajando desde hace años- se reunieron antes de la celebración oficial de la Cumbre y elaboraron el documento titulado "El futuro que queremos", el cual fue luego aprobado por los Jefes de Estado presentes. Desde que se dio a conocer dicho documento no pararon de llover críticas por parte de distintas organizaciones de la sociedad civil que lo consideraban como un "mero acuerdo cosmético" o un "texto vacío de compromisos". Ya quelas expectativas de la ciudadanía en general y también de algunos gobiernos, lejos estuvieron de ser cumplidas.
"El futuro que queremos" es un texto de 53 páginas que aborda distintos problemas del medioambiente, como la deforestación, el uso irracional de los recursos, la desertificación y el cambio climático. Además el documento intenta crear un marco para la implementación de medidas y políticas que garanticen el desarrollo sustentable. No obstante las buenas intenciones que inspiraron la redacción del documento, son pocos los compromisos concretos que se lograron.

**El "consenso posible"**

La delegación brasileña fue la encargada de elaborar el documento e impulsar las negociaciones necesarias para que la cumbre no termine en un fracaso. Así el objetivo principal era arribar a un acuerdo –cualquiera que sea- y para ello se sacrificó una gran cantidad de compromisos explícitos. El texto no hace más que repetir los problemas urgentes del medio ambiente que a esta altura son ya de sobra conocidos. La creación de una Organización Mundial del Medio Ambiente parece -por ahora- una mera utopía, debido a la negativa de Estados Unidos, Japón y los países europeos, quienes son los que más deberían aportar. Otra gran omisión fue la falta de acuerdo sobre la eliminación de subsidios a la producción de hidrocarburos.
La presidenta brasileña Dilma Rousseff señalo que Rio+20 no es el punto de llegada, sino que debiera transformarse en el punto de partida. Definió al acuerdo como el "consenso posible" en medio de la gran crisis económica que afecta a los países más desarrollados. Son justamente estas naciones quienes más se opusieron a crear un fondo de 30.000 millones de dólares para financiar medidas de protección ambiental. El mismo Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, afirmó que el documento final podría haber sido más "ambicioso".
"El futuro que queremos" es lo máximo que se logró y quizás no podrá ser de otro modo si no se visualiza claramente cuál es la verdadera dificultad. El problema no es medioambiental, el problema es político. Los objetivos de protección del medio ambiente son inconsistentes con el sistema actual. En un mundo en donde la gente vale por lo que tiene es lógico que se exacerbe el consumismo y se destinen miles de millones de dólares a crear bienes y servicios que raras veces la gente necesita. Como planteó Evo Morales en la Cumbre de Rio, la llamada economía verde, defendida por los países desarrollados, "mercantiliza la naturaleza". Es decir, convierte todo "lo vivo", los árboles, las especies animales, los océanos, etc. en mercancías susceptibles de ser valorada en dinero y tasa de ganancia empresarial, dejando en un segundo plano las verdaderas necesidades del ser humano.
Por ello si francamente se pretende salvar la naturaleza se debería avanzar hacia un gran cambio cultural alterando los patrones de consumo y producción; modificando también la noción de desarrollo basada en el materialismo y la acumulación desmedida sin ningún sentido humano más que la avaricia de querer tener más, hacia otra que instale en el centro de la escena el respeto por el medio vivo. Cambiar el rumbo actual del planeta no podrá soslayar, por otra parte, que son las grandes potencias industriales quienes más contribuyen a deteriorar la naturaleza y por ende las que cargan sobre sí la mayor responsabilidad.
En tiempos donde los rescates financieros están tan de moda, nos preguntamos por qué no aprobar un salvataje para la Tierra. Pero claro, la naturaleza no paga tasas de interés y menos aún negocia con los seres humanos.